

DIA DE LA PATRONA

(Notas íntimas de un ciego)

POR FRANCISCO LLOP

Si la vista es la inicial satisfacción de nuestros sentidos, los que la perdimos hace mucho tiempo sólo nos queda ese recuerdo ya lejano del contorno color y demás accidentales de todo cuanto nos rodea; mas entre el sonido y el perfume—agudísimos sentidos, oído y olfato, que aún gozamos—dejemos para otra ocasión hablar de aquél para razonar en la solemnidad de las fiestas de la Virgen del grato efluvio de nuestra huerta, de nuestra ciudad, en el segundo domingo de mayo.

Si de muy buena mañana —cuando en el azul-oscuro brillan las estrellas—salimos de casa, la fragancia del amanecer mezcla suave de flor y mar, de dulce y yodo, nos envuelve.

Luego, al volver de descubrir la Imagen, por los callejoncillos de la antigua ciudad, ese sabor de los obradores de pastelerías, de acaramelados y tortadas en fiesta grande, reanima nuestro ser.

La Misa del altar de flor. Ropa nueva de niño con jabón perfumado, y como fondo el frescor y verdura de la

fuelle adornada y el altar tierno, reciente.

Cuando se acerca la hora del traslado, resulta muy difícil permanecer en un punto determinado, ya que el ir y volver de gentes de la ciudad y campo, entremezcla el natural sabor de la huerta con el enfrascado penetrante de esencias extranjeras. Mas el instante supremo del acto caracterizase por la recia masa sudorosa y caldeada de estos jóvenes que se apretujan en torno a la Madre de los Valencianos. Y llega el mediodía. La traca llena el espacio con el regusto de sano sabor junto con las banastas de la fresa y los ramos de penetrantes aromas de la flor.

Mediada la tarde, situados en la amplia calle de Caballeros, el recatado olor a rosa deshojada, húmeda, es presagio de superabundancia de esta flor.

Al pasar la Imagen y producirse este derroche de perfume, sobresaturados de él marchemos hacia el Santo Hospital.

Visitar el Capitulet, justamente a hora que la ciudad vibra vitoreando a la Virgen, es tiernamente maravilloso.

Penetrante olor a quirófano, a clínica, lo invade todo. Tal vez cruce envuelto entre fuertes emanaciones de drogas el cuerpo de algún pobre desamparado, amparado en sus últimas jornadas por esta Santa Casa que conserva los privilegios y recuerdos de aquella Cofradía de Ntra. Sta. Dona la Verge Maria dels Inocents.

Es pleno el recogimiento y silencio en el atardecer. Mas volvamos hacia el centro de la ciudad. Crucemos por los callejoncillos estrechos de los barrios del Pilar y Escuelas Pías, olientes a hogar a cena, y en llegando a la suavísima pendiente de la Bolsería, la inmensa cantidad de rosa deshojada que bajo nuestros pies sentimos llegará a turbarnos con tal intensidad que sólo el hecho de ser valencianos pueda ser aspirado sin mengua en nuestro ser material. Y lleguemos conducidos a la misma plaza de la Virgen, que al volver la Imagen de vuelta por toda la ciudad culminará el perfume fuerte de la rosa deshojada en torno a la Real Basílica de la Patrona de Valencia la Virgen de los Desamparados.